



REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

	PRECIOS DE SUSCRICION		
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla.	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera.	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero.	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. XV
 PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA
 Sevilla, 1.º de Noviembre de 1881.

	PRECIOS DE SUSCRICION	
	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico.	72 reales.	38 reales.
Filipinas.	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata.	80 id.	44 id.

EN NOVIEMBRE

No hay fiesta más tristemente celebrada, ni más generalizada tampoco, que el día en el que la Iglesia dedica sus preces á la memoria de los que fueron, excitando á los fieles á tributarles un recuerdo y á elevar al Eterno sus plegarias por el descanso del alma de tan queridos seres.

Lo mismo en el seno de la populosa villa, que en el de la rústica aldea, el dolor se traduce en lágrimas acerbadas, el alma se abstrae de las mundanas distracciones y la mente se preocupa de tristes ideas, que hacen converger nuestro espíritu hácia lo deleznable y perecedero de la vida, y lo absorben con la reminiscencia de tiempos más felices en que gozábamos la presencia de algun ser querido que nos arrebatara la muerte.

Sean cuales fueren las manifestaciones del pesar, ya se amolden á las costumbres civilizadoras de la época, ya se ostenten bajo la forma del gran tono, ó ya se presenten con la ruda expresion de la verdad y con la dulce poesía del dolor, todos los corazones laten en ese día á impulsos de un mismo sentimiento, y el mismo valor tiene la rica corona de siemprevivas adornada del fúnebre crespon de gasa ó terciopelo, que el modesto ramo de rosas ó violetas atado por una sencillísima cinta, que una hija cariñosa ó una madre dolorida regaron con sus lágrimas.

¡Qué poemas de amor, de sentimiento y de poesía se descubren en esos lugares consagrados á la muerte, y cuya tranquila quietud se ve turbada en ese día por las muchedumbres!

Lo mismo en el elegante mausoleo que en la pobre y sencilla sepultura, veréis por todas partes rostros conmovidos, mejillas surcadas por las lágrimas, vestidos enlutados que simbolizan el dolor de quien los lleva, porque el espíritu, saturado de pena en ese día, necesita exhalarla en todo, hasta en el traje.

¡Cuántas veces la naturaleza misma, por un fenómeno harto frecuente, ó quizás mejor por la estacion en que se celebra tan lúgubre fiesta, no se asocia también al general sentimiento! ¡Cuántas veces el cielo no cubre su purísimo azul por una densa cortina de flotantes nubes, y el aire parece llevar entre sus invisibles pliegues el suspiro de los que lloran, perfectamente simulado por el ruido que producen al chocarse sus capas!

Yo amo esos días tristes en que la naturaleza llora y el cielo se viste de luto; esos días que recuerdan al hombre que ha venido á sufrir principalmente y que las satisfacciones que experimenta están en pequeña relacion con sus dolores; días en que, abriendo un paréntesis al torbellino de nuestros negocios, de nuestras pasiones, de nuestros placeres, nos dedicamos á la vida de los recuerdos, tan grata á veces como la de las esperanzas; días, en fin, en que vemos pasar ante nuestra vista, al través del prisma de nuestro sentimiento, los fantasmas queridos de seres idolatrados, de cuyos brazos nos apartó la muerte.

Tanto mayor es la civilizacion de un pueblo, cuanto más respeta y venera la memoria de sus muertos. No existe otro más bullidor, más vehemente en sus pasiones, más exaltado, más voluble que el pueblo francés; tampoco podeis hallar otro alguno que rinda un culto más idólatra á sus muertos. Educado en París, donde pasé la mayor parte de mi infancia, he concurrido multitud de veces al cementerio del P. Lachaise, sin duda el más grandioso y notable del mundo, y siempre me ha causado admiracion la compostura, la circunspeccion, el dolor que expresan los semblantes de los que en aquel día afluyen á la mansion de los muertos, y son tan en gran número, que puede decirse emigra la mayoría de los de la ciudad de los vivos.

Cierto que el espíritu de ridícula y mezquina explotación, filtrándose hasta en ese sagrado recinto y profanándolo con sus manifestaciones, suele colocar un anuncio al lado de un epitafio; pero esto es tan raro que apenas merece mencionarse; y por más que se halle convertido en arma de ridículo para Francia, por lo austero de sus costumbres, la excepcion no constituye regla, ni puede dudarse que el pueblo francés respeta y considera sus muertos como ninguno otro.

Acaso en el nuestro, este noble pueblo español, el más generoso, el más valiente, el más entusiasta del mundo, ¿no vemos frecuentemente correr á los teatros el día de los Difuntos, llenarse todos y aplaudir con frenética exaltacion los inmortales y voluptuosos versos de Zorrilla, en su drama el *Tenorio*, admirablemente versificado como todos los suyos, pero careciendo de moralidad y de verosimilitud en todas sus situaciones, á aquellos mismos que pocas horas ántes entregaban su espíritu á las meditaciones más místicas?

Confesemos que el corazon humano tiene aberraciones inexplicables; que la humanidad, hablando en tésis general, es egoísta, y que en ciertas ocasiones de la vida el hombre parece un actor fuera de su cuerda, y tiene, por consecuencia, que representar mal su papel. En esos tristes momentos acaso busca el aturdimiento del espíritu como lenitivo á sus pesares; acaso, como los opiófilos desea encontrar en la embriaguez las más voluptuosas imágenes, ó como los aficionados á las bebidas alcohólicas ansia encontrar en el mareo el olvido de sus males y de sus dolores.

Triste, sobre todo, debe ser el día de los Difuntos para los escépticos y ateos, viajeros fatigados que surcan el camino de la vida sin fe, sin esperanza y hasta sin caridad, indiferentes para todo lo que no les ataña directamente, incrédulos para todo lo que no armonice con sus ideas, convencidos de que el término de esta vida lo será el de su existencia, porque más allá de ella sólo pueden hallar el caos que hay en su cerebro. Los que de tal modo piensen deben ser doblemente desgraciados: quizás no tengan una mano cariñosa que cierre sus ojos; quizás no tengan una corona de siemprevivas depositada sobre sus tumbas, y una muerte desesperada ponga digno término á

una vida sin creencias, que es equivalente á un campo sin flores ó á un desierto sin agua.

No les imitemos nosotros, queridos lectores; pensemos, recemos y lloremos hoy, cualquiera que sea nuestra manera de ver las cosas el resto del año, y estemos persuadidos de que nuestros padres nos bendecirán desde el cielo, y nuestros hijos llorarán y orarán mañana por nosotros, como hoy lo hacemos á nuestra vez por aquéllos.

El que no respeta y venera á los muertos; el que los escarnece ó los infama, ni es cristiano, ni caballero, ni merece el nombre de español, sinónimo de hidalgo: los hombres concluirán por despreciarlo como á un miserable, y Dios le pedirá mañana cuenta de su conducta, exigiéndole la responsabilidad de ella en el inapelable tribunal de su justicia.

(Remitido.) JOSÉ M. LOPEZ Y LOPEZ.

ESTUDIOS LITERARIOS
 SOBRE
GÓNGORA Y EL CULTERANISMO

(Continuacion.)

Renunciamos á seguir al citado historiador en las consideraciones que le sugiere la corrupcion literaria del siglo XVI por no alargarnos demasiado, haciendo constar con el mismo, que en Italia como en España la multitud que sigue á Góngora y que sigue á Marini reproduce y centuplica sus más caprichosos delirios, en el empeño decidido de tener originalidad á fuerza de cálculo y en la sonora aglomeracion de las palabras viciosas en vez de sentimientos y de ideas.

Fácil nos sería, si no temiéramos apartarnos del asunto, aducir testimonios que acreditaran igual ó parecida y simultánea depravacion y mal gusto en los países que entónces como hoy marchaban á la cabeza de la civilizacion europea, con especialidad Francia y Alemania; pero basta con lo expuesto para dejar evidenciado un extremo de nuestro propósito, á saber: la generalidad y difusion del mal gusto literario en los países cultos en el período que vamos recorriendo.

Concretándonos ahora á la prelación indisputable que, no ya los poetas de segundo orden citados, sino hasta los más bellos ingenios nacionales, tuvieron sobre nuestro Góngora, es lo cierto que á poco que se estudie el estilo peculiar de este ilustre escritor se echará de ver que, como Herrera, á quien también siguió, se proponia perfeccionar el estilo de Garcilaso, tomando de éste el prurito de introducir frases extranjeras para enriquecer el lenguaje poético, y las violentas trasposiciones que éste empleó en muchas de sus églogas y composiciones.

Sobrados testimonios pudiéramos aducir de este exagerado hipérbaton, á que parecia aficionado este dulcísimo ingenio; pero bastan para muestra los siguientes versos sueltos, entresacados de algunas de sus églogas:

«Y con voz lamentándose quejosa.»
 «Entre la humana, puede y mortal gente.»
 «Como en luciente de cristal, columna.»

y otros muchos que el temor de extendernos demasiado nos hace omitir. Al mismo tiempo introdujo ó autorizó con su ejemplo muchas voces latinas,

como *fraterna, undoso argento, corusca testa* y muchas más de que aparecen plagadas sus mejores obras.

Y no sólo sigue Góngora á Garcilaso, en sus yerros como en sus bellezas, exagerándolas desde luego, sino muy especialmente al divino Herrera, á quien en algunos de sus sonetos imita, no ya sus frases, sino hasta sus giros y modismos. Herrera dice en una de sus composiciones:

«El sacro rey de los rios
Que nuestros campos baña.»

Góngora:

«Rey de los otros rios:»
«Con las ninfas un coro
Tejieron en el claro undoso seno.»

que Herrera ántes escribía, y que Góngora reproduce en su verso

«Coro tejiendo estés.»

Copia Góngora modos de decir de Herrera como *crepas ondas, purpúreas rosas, invierno cano* y otros muchos, dándose así origen, en el sentir del crítico que aduce estos y muchos otros testimonios al culteranismo de Góngora, sustentando el mismo escritor la razonable opinion de que Góngora, sin el gran poeta sevillano, jamás hubiera llegado á ser el Góngora de las *Soledades* y *Polifemo*. Á la verdad, gran número de las composiciones del mismo Herrera tienen un sabor tan verdaderamente Gongorino, que no parece haber sido precedido por el poeta cordobés. Véanse en prueba de ello los versos siguientes:

«Luz en cuyo esplendor el alto coro
Con vibrante furor está apurado,
De dulces rasgos, bello ardor sagrado
Do enriqueció Eufrosina su tesoro.
Undoso cerco que purpura el oro,
De esmeraldas y perlas esmaltado
Y en sortijas lúcentes encrespado
Al que me inclino humilde, alegre adoro.»

En vista de este y otros ejemplos que pudiéramos aducir, ha creído el erudito crítico citado que Herrera, y sólo Herrera, fué quien enseñó el culteranismo al gran poeta cordobés; pero ya nosotros hemos visto, y es preciso confesarlo, que muchos precedieron á Herrera en esta funesta direccion, y que para citar nombres, otros que ya hemos consignado alcanzarían con más justicia esta triste responsabilidad que sólo imperfectamente, y por muy contados rasgos, se quiere descargar sobre la gran figura literaria del cantor de Lepanto.

Lo que sí es lícito presumir, entrando en el sagrado de las intenciones que los hechos de Góngora dejaron descubrir, que éste se proponía reformar el lenguaje poético, obra ya comenzada por Garcilaso y los llamados Petrarquistas, seguidos muchas veces por Herrera, y aceptada y dislocada más aún por los Ledesmas, Carrillos, Diaz Tejada y muchos otros de más ó menos estima; que todos juntos, y nuestro Góngora sobre todos, se creyeron llamados á regenerar el lenguaje poético, y que la conspiracion de tantos genios ilustres hácia esta viciada direccion literaria, y sobre todos ellos el genio superior del autor de las *Soledades*, á quien su inmensa valía procuró la gefatura y direccion en España, determinaron las corrientes literarias dominantes, ya anteriormente presentidas y significadas.

La inmensa talla de Góngora y el ascendiente de su nombre son tales, que lo mismo halla imitadores como poeta puro que como poeta afectado, y más los encontró cuando llegó al último extremo de exageracion y demencia. Así es que nuestros más grandes poetas del siglo de oro, ó lo imitan, ó lo aplauden, confirmando así el juicio prévio que ha presidido á nuestro trabajo, á saber: que Góngora sufrió las corrientes de su época, que llevó á su mayor exageracion, y que, por tanto, no puede ser considerado como causa originaria del mal gusto que tomó su nombre, si bien su poderoso talento y la reciprocidad y solidaridad humanas lo colocan como instrumento poderoso y eficazísimo auxiliar de esta misma corrupcion literaria.

Tan poderosa llegó á ser esta influencia, que traspasa los linderos de nuestra nacion, y no creemos aventurado de todo punto el juicio que atribuye el mal gusto de Carlet de Marivaux en Francia y de Colley Cibber en Inglaterra, un siglo despues de Góngora, á la imitacion más ó menos aproximada de este ilustre poeta.

Su ascendiente en nuestro suelo fué tan poderoso y general, que despues del P. Paravicino y el Conde de Villamediana, que fueron los primeros en seguirle, procurando imitar su *Polifemo*, sigue una gloriosa pléyade de ilustres nombres en nuestra literatura, muchos de los cuales le llegaron á tratar violentísimamente, más quizás por los celos que su nombradía despertaba, que por verdadera conciencia de sus defectos. En este punto las polémicas de nuestro vate con los genios más ilustres de su tiempo llegan á tal grado de asperidad y acrimonia, que la cortesía

y más vulgares buenas formas fueron más de una vez olvidadas, cuanto llegó á ser herida la fibra del engreimiento y vanidad propia del con justa razon llamado *genus irritabile vatum*. Y, sin embargo, los que más le motejan é insultan, se dejan al cabo llevar de su portentoso genio, por más que á toda costa pretendieron hundir su reputacion y renombre. Quevedo mismo llega á ser culto. Jáuregui llega á serlo tambien, y en más de una ocasion no estuvo de todo punto libre de la nota de culterano el que más puro se mantuvo hasta la muerte del poeta cordobés: el gran Lope de Vega.

Así pudo decirse de Góngora como del Cid, en frase de un escritor de nuestros dias, que ganó batallas despues de muerto. Este mismo Lope, que fué su mayor enemigo, aparece como admirador de muchas de sus obras, por más que á hurtadillas, y aún en público, revelara más de una vez la enemistad que le profesaba.

El gran poeta Espinel, en su poema *La Casa de Memoria*, no sólo elogia á Góngora, sino que lo anima á no limitar su ingenio á lo hecho. La escuela poética granadina, que produjo notabilísimos vates, ofreció en el mayor número de éstos entusiastas imitadores de Góngora, y hasta el mismo Calderon, y otros notables ingenios de nuestro teatro, ofrecen, aunque pocos, algunos rasgos que recuerdan al autor de las *Soledades*.

Llámale sin segundo F. Andrés Ferrer; requiebro de las musas y corifeo de las gracias, Saavedra Fajardo; ingenio divino, Cascales; y el mismo Cervantes, en su *Galatea*, le consagra esta octava:

«En don Luis de Góngora os ofrezco
Un vivo raro ingenio, sin segundo;
Con sus obras me alegre y entristezco
No solo yo, mas todo el ancho mundo.
Y si por lo que os quiero algo merezco,
Haced que su saber alto y profundo
En vuestras alabanzas siempre viva
Contra el ligero tiempo y muerte esquivá.»

Otros muchos testimonios pudiéramos aducir en confirmacion del alto concepto que entre sus contemporáneos y á la posteridad mereció el rico ingenio á quien muy pocos lograron acercársele mientras se mantuvo en los limites de la naturalidad y del buen gusto. El inmenso genio del autor de las *Soledades* y *Polifemo*, puesto á servicio de esta revolucion literaria, le hizo avasallar todas las inteligencias de su tiempo y arrastrar en pos de sí no sólo á las nulidades y medianías, sino á los más preclaros ingenios. Bajo este concepto puede afirmarse que sin la adhesion de Góngora, la causa de los culteranos en España no hubiera llegado á dominar y difundirse por todas las esferas del arte y la belleza, que todas más ó menos sintieron su accion y su influencia. Por estas razones no contrae pequeña responsabilidad ante la crítica y la historia literaria de nuestro país; pero no olvidemos que la Providencia no hace aparecer sino muy raras veces, y eso cuando grandes epidemias morales lo reclaman, genios tan superiores, que alcancen á levantarse sobre las corrientes y la atmósfera de su siglo, semejantes á esas cumbres altísimas, pero poco numerosas, que alzan su cimera sobre las nubes que oscurecen las regiones inferiores.

Los que hemos nacido en siglos posteriores, donde el buen sentido dominante nos ha hecho conocer y sentir, sin grandes esfuerzos, todo lo que encerraba de repugnante y detestable aquel malhadado gusto literario, somos, bajo este punto de vista, deudores de un gran beneficio á la Providencia, y las dolorosas decepciones, no ya de un genio, sino de tantos genios ilustres, y en tan largo período, con tantas otras experiencias análogas en otros órdenes, nos convencen y enseñan á desconfiar de nuestros propios juicios, y aún de las aficiones y exigencias de nuestra sensibilidad, y á no aceptar como juicio seguro y permanente, y como belleza de todos los tiempos y de todos los hombres civilizados, sino á la que satisface las reglas permanentes y eternas de la razon y del buen sentido, y las emociones de una sensibilidad educada en las leyes del buen gusto, formada en la contemplacion de los eternos modelos de belleza artística que nos ha legado la posteridad. Góngora encontró arrojada la semilla, empezando quizás á florecer, y él la hizo fructificar. Mantenido en sus propias aspiraciones, no apartándose de la naturalidad y pureza, que tanto encantan en sus primeras y aún posteriores traducciones, su genio solo hubiera bastado á contrarrestar la perniciosa influencia que generalizó su poderoso ejemplo, imponiendo el sello del genio aún á las más delirantes extravagancias. Seguro es que tuvo que fatigar mucho más su talento y sus ricas dotes cuando recae en tan lamentables extravíos, que cuando se deja llevar de su inspiracion nativa y espontánea, en algunas de sus más delicadas y tiernas composiciones. Sirvan de ejemplo las ya citadas al principio de este trabajo, á la vez que los bellísimos romances que comienzan *La más bella niña, Frescos airecillos, Lloraba la niña, etc.*; sus sonetos *Raya dorado sol, orna y colorá*; otro al Gua-

dalquivir, y algunos más que el temor de aparecer enojosos nos hace omitir. Nada, en efecto, más dulce, expresivo y melancólico que los indicados, ni nada más notable en la galanura de la frase y fluidez de diction, que la mayor parte de sus romances amorosos. Ninguna de estas composiciones perdería nada puesta en parangon con las mejores que poseemos de nuestros más grandes poetas, y con especialidad sus canciones heróicas, líricas y amatorias, que pueden ser consideradas como de primer orden.

En una palabra; haciendo nuestros los elogios de un crítico de nuestros dias, de ningun poeta castellano pueden elegirse tantas cosas buenas: ninguno como él ha sabido llegar en unos puntos á la sublimidad, la majestad y el númen; amoldarse á la sencilla, encantadora y hasta infantil en algunos romances y letrillas ligeras, ni esgrimir el arma de la crítica con tanta sal, donaire, gracia é intencion. Sus primeros tiempos fueron los mejores y más felices en la frescura y pureza de su inspiracion. Empieza despues á afectar en el estilo, concluyendo por exagerar hasta el extremo que ya hemos hecho constar. Así se le ha podido comparar á las mujeres que se pintan, que comienzan por poco, pero como cada dia se les va acostumbrando la vista al matiz que luce en sus mejillas, cada dia tambien, sin advertirlo, dan más color, hasta que pasado algun tiempo, lo que al principio fué belleza, es convierte en fealdad ridícula ó repugnante.

(Se concluirá.)

ELOY GARCÍA VALERO.

HISTORIA TRISTE

Víctima inocente, el mundo
La señaló con el dedo,
Y aunque fué mártir y honrada
Ninguno quiso creerlo.

Murió abandonada, sola...
Allá muy léjos, muy léjos
Resonaban lentamente
Dobles, plegarias y rezos.

Ni la mano de su esposo
Pudo estrechar en silencio,
Ni recogió de sus hijos
Las caricias y los besos.

Un anciano agonizante
Cerró sus ojos espléndidos,
Que la temerosa muerte
Dejó turbios y entreabiertos;

Y extendió el pobre sudario
Sobre su desnudo pecho,
Que fué volcan en la tierra,
Aunque de nieve cubierto.

La última luz de la tarde,
Penetrando hasta su lecho
Por las anchas vidrieras
Del solitario aposento,

Dejaba sobre su frente
Ese luminoso cerco
Que inunda la de los santos
En la hornacina del templo.

Acaso el sol, más piadoso
Que sus impostores deudos,
Por no dejarla tan sola
Detuvo el disco en el cielo;

Y acariciando el cadáver
Con su rayo lastimero,
Como blason de martirio
Le dió una palma de fuego.

Vino la noche; á la muerta
Ajenas manos vistieron
De sus trages de casada
El más tosco y el más negro;

Y, sobre oscuras bayetas
Extendidas en el suelo,
Dejaronla entre blandones
Opacos y amarillentos.

Apénas apuntó el alba
Cerraron el largo féretro,
Y un paño como la noche
Sobre la tapa pusieron;

Organizándose al punto
Con tal orden el entierro,
Que eran los calumniadores
Doloridos del cortejo.

Iban pocos estandartes,
Escasa fila de clérigos,
Y casullas y dalmáticas
Sin borlones y sin flecos;

Y era el frio tan punzante,
Y el vendaval tan intenso,
Que bajo abrigos y embozos
Murmuraba á coro el duelo.

Ya se mediaba el camino
De la iglesia al cementerio,
Cuando la importuna nieve
Lanzó sus copos ligeros:

Cual si las alas de un ángel,
Con invisible concierto,
Fueran sobre el ataúd
Su plumaje sacudiendo,

Aquellos helados copos
Sobre su plano cayeron,
Hasta dejarlo, de blanco,
De punta á punta cubierto,



«COSTUMBRES DEL RIFF.»
Fototipia, copia de una tabla original de D. TOMÁS POVEDANO.

Algo extraño pasó en torno
En tan natural suceso,
Porque ví miradas torvas
Y rostros que daban miedo.
Yo proseguí mi camino,
Á mi pesar comprendiendo
Que del fallo de los hombres
Suele protestar el cielo.

BENITO MAS Y PRAT.

EL POSITIVISMO

Y LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

(Continuacion.)

Cada crisis humana es la muerte de un mundo de instituciones, creencias, sentimientos é intereses, que no se resignan á la muerte y prefieren á ser sustituidos arrastrar la humanidad entera y encerrarla en su tumba. Cada crisis es tambien la aparicion de un mundo nuevo que, siguiendo la ley universal de los seres, no puede ser alumbrado sin dolores, sin conmociones y sin peligros. Estos estados críticos son, pues, necesarios; pero tras la espantosa convulsion de la crisis vienen la calma, el esplendor de la nueva vida. La historia, *la maestra de los pueblos*, segun el orador romano, parece una ciencia surgida expresamente para comprobar esta ley del progreso colectivo. Una serie de grandes perturbaciones es la precursora del siglo de Pericles; cada turbulencia de aquella gran ciudad legisladora del mundo daba, ya los derechos de ciudadanía, ya los de humanidad. Sin la irrupcion de los bárbaros no hubiera germinado en el Gólgota la ensangrentada semilla del cristianismo; sin la épica resolucion de las Cruzadas no se hubieran hermanado, en himeneo magnífico, el espíritu místico del Oriente y el espíritu activo y diversificador de los pueblos occidentales; sin las luchas homéricas, que en el campo y en el aula agitan el último siglo de la Edad Media, habria de renunciar al Renacimiento; sin atravesar los horrores de la Convencion era imposible, totalmente imposible esta nueva era de libertad, de vuelo artístico, de grandes esperanzas; era que, grande por su inmenso genio y grande aún en sus extravíos, forma la más solemne página y el más bello crepúsculo de la Historia.

Sí, son necesarias y convenientes las reacciones, como es necesario y conveniente el progreso. Apenas se concibe, dada la característica esencial de esta ley, que un escritor liberal la niegue. «*En el progreso indefinido y continuo no convendremos jamás. Nada es ilimitado en nuestra diminuta especie, limitada á un relámpago de duracion, á un átomo de espacio, á una pulgarada de polvo.*» Pues bien; porque somos finitos hasta la última finitud, pero indefinidamente perfectibles, no se marcará jamás el *non plus ultra* de nuestro perfeccionamiento. La perfectibilidad es la distancia entre la realidad cada vez más perfecta y el ideal nunca realizable. Si nuestra naturaleza es actividad, si el término es inaccesible, ¿no hemos de creer en el progreso indefinido? Negar el progreso es negar nuestra propia naturaleza; negar su infinitud es negar el ideal, sin el cual la creacion no se concibe, ó suponerle alcanzable, lo cual sería cambiar su invariable esencia, es decir, sería lo absurdo.

Ahora bien; hay en nosotros, como en todos los seres, un fondo compuesto de una afirmacion y una negacion. La lucha continúa de esta negacion con las negaciones de los otros seres, para convertirse en afirmacion de nuestra naturaleza, es la batalla de la vida, y la serie de sus momentos el Progreso. Óbvio es, pues, que hay en nosotros interna virtud para vencer estas oposiciones interiores, oposiciones que no nacieran si el Sér que las crea y vive creándolas y vencéndolas no tuviera potencia para dominarlas.

Concretemos la aplicacion de la sustentada doctrina al desenvolvimiento científico contemporáneo. Despues que el filósofo de Koenisberg, con audaz propósito y profundo sentido, sometiera á más delicado exámen el cuerpo de doctrina científica legado por el siglo XVII; despues que inexorable su crítica minara los cimientos y derrumbara todo el aparatoso edificio de la Escolástica y pusiera de relieve las deficiencias que torpes sensualismos y demencias idealistas no podrian llenar jamás en el sistema de los conocimientos humanos,

el espíritu despertó lleno de suprema angustia, desconfiando de sí, del cielo y de la tierra, sin atreverse el mismo Kant á señalarle seguros derroteros para su marcha ulterior. ¿Es exacta la relacion del yo, como sujeto, al nó yo como objeto del conocimiento? ¿Conozco yo las cosas tales como son?... Terrible pregunta, incontestable para la ciencia del siglo XVII. ¿Conque nada podemos saber? ¿Conque cabe la ilusion en el sentido, el sofisma en el razonamiento y nuestra dialéctica es vano tejido entre una mayor incognoscible y una menor extracientífica? ¿Acaso está vedado al hombre el santuario del conocimiento? ¿Para qué, entonces, queremos esta indagadora inteligencia, esta razon siempre reflexiva y jamás satisfecha en sus nobles ambiciones? ¡Ah! El mundo se rige por ideas, ha dicho Hegel, y no puede vivir un instante en la duda. Entonces, el espíritu se replega sobre sí y no se atreve á afirmar otro sér que el suyo. Yo—dice Fichte—pongo primero todo cuanto soy y nada más. Pero esto no basta. Es necesario salir, y salir pronto de este subjetivismo idealista, en que Fichte y Beck y Reimhold se habian encerrado, de este panegoismo en que se asfixia y se consume desmayado el espíritu. Fué preciso, como pristina manifestacion de la tendencia objetiva, sacar el yo del sujeto, darle propiedades absolutas é indeterminadas, y pensar un mundo subjetivo-objetivo, nó por abrazar ámbas esferas de la realidad, mas por ser la ciencia de lo objetivo hecha por el sujeto y sin poder todavía responder de su misma objetividad. Así la Filosofia se precipita en la pendiente de la abstracion y no osa salvar las lindes del entendimiento. Schelling, continuando esta impulsión, busca tambien aquel principio de identidad que soñara Fichte para principio del humano conocer y cree hallarle en lo absoluto, es decir, en la identidad de las identidades, donde las diferencias no rozan la unidad absoluta que es eternamente sobre las negaciones de los relativos. La esterilidad de tal concepcion abstracta, que, inmóvil por su origen, apenas logra bastarse para el conocer subjetivo; imposibilitada de trascender á la realidad externa, obliga á Hegel á lanzar la idea, última forma de lo absoluto asequible al entendimiento, en un movimiento dialéctico que, por su mismo incesante pasar, va proporcionando las oposiciones en cuya evolucion, en cuyo constante llegar á ser surge la necesidad de otro momento evolutivo, resolucion final del proceso ideológico. Clara se ve la genealogia de esta magnífica, de esta gigante creacion hegeliana en el realismo idealista de la Edad Media y es tan alto punto del ascender conceptualista el supremo y maravilloso esfuerzo del entendimiento, al par que la evidente prueba de su ineficacia en el conocimiento, cuya vista esencial pertenece al puro conocer de la razon consciente. Despues... es la ley de la vida. Tras del apogeo, la decadencia. Como el movimiento socrático espira en los falsos conceptos de Zenon y de Epicuro; como el despertar de la conciencia oprimida en las redes de la Escolástica, despertar magnífico en Descartes y Bacon, declina en delirios panteistas y en la pseudo-lógica de Condillac, la grandiosa idea de Hegel, degenerada, viciada, mezclada con extraños elementos, origina el fatalismo y el pesimismo (Schopenhauer y Hartman), especie de nihilismo razonado y padres lógicos de la perturbacion que aflige el más vasto de los Estados europeos.

Por su parte, los sistemas sensualistas, pasado su siglo de oro, la Enciclopedia, y sordos á la profunda crítica de Kant, prosiguen su desenvolvimiento, hasta afectando á veces formas de misticismo y creando escuelas teológico-sensualistas á cuyo frente figuraron de Bonald y el conde de Maistre. Término medio entre esta direccion y la mere-sensualista, la escuela escocesa de Reid y de Smith pretende aplicar la observacion, segun el sentido del canciller filósofo, á los hechos psíquicos; pero de tan poca solidez en su base esta filosofia, como sus gemelas, desaparece casi con su fundador de la escena de la historia, dejando, no obstante, huellas que no escasamente han influido en el positivismo coetáneo.

En suma. Esta agitacion filosófica de los últimos tiempos, redúcese por parte del idealismo, cuyos principales sistemas apenas ejercen ya influencia alguna en el mundo científico, ni en el mundo político, al pesimismo ya citado, al sentimentalismo

de Jacobi que, radicando en la crítica de la razon práctica, reniega en vano de su indubitable origen, al neo-kantismo, movimiento puramente crítico, desprovisto de afirmaciones, y cuyo término parece ser el positivismo filosófico de Stuart Mill, de Lewies de Wundt y de Spencer, el pseudo-realismo de Herbart y el sistema, sin nombre aún y que yo creo totalmente desconocido en España, de Zebrowsky, segun el cual lo absoluto contiene en sí los gérmenes de la certeza, que son vistos por nosotros en razon á la concordancia del *Ens* y del *Mens*, las dos realidades substantivas y paralelas, cuya conjuncion y enlace forma lo que el autor llama *la arquitectónica universal*. El sensualismo transformado en positivismo en manos de Comte, de Littré y de Virouboff, toma dos rumbos; el uno materialista puro, llevando *explícitamente* la negacion de los elementos ideales y psíquicos, y el otro filosófico, cuya afirmacion se limita á lo que juzga conocido, sin afirmar ni negar lo que supra-excede á la observacion sensible, si bien encierra implícita y tácitamente la negacion. Este poderoso movimiento, cuyas oleadas arrastran y pretenden sumergir el mundo nó sensible, y cuyas terribles conclusiones son el excepticismo y el ateísmo, ha determinado una reaccion tomista de escaso valor, en cuanto al problema del conocimiento, aunque con la importancia histórica que le presta la abrumadora influencia del catolicismo en Europa.

(Continuará.)

MARIO MENDEZ.

Ó DIOSA Ó NADA

I

Durante el imperio de Tiberio, el movimiento religioso llegó en Roma á su apogeo. Los cultos orientales estaban en moda; á las risueñas ficciones mitológicas habia sucedido el deseo de hallar creencias, no sólo que impresionasen á los sentidos por su pompa, sino que además pusieran en más íntimo contacto á la criatura con la Divinidad.

La pendiente por el ascetismo era consecuencia de la disolucion de las costumbres y del desbordamiento de la imaginacion de un pueblo *que todo lo habia agotado*, como dice Varron. Los dioses de Oriente tenian en las mujeres sus más fervorosas adoradoras; la gran diosa Isis era á la que éstas invocaban como á su divinidad tutelar; la lubricidad y el misticismo se mezclaban en sorprendente contubernio, y los sacerdotes y sacerdotisas de los templos egipcios (muy numerosos en Roma) explotaban grandemente la impresionabilidad é ignorancia femeninas.

Paulina, dama romana de patricia stirpe, como que usaba el dictado de *Clarissima*, era una de las más fervorosas adeptas de Isis, y muy particularmente del dios Anubis, hijo de la diosa y representante de la fuerza creadora de la naturaleza. Paulina habia hecho dos veces la peregrinacion al Nilo, trayendo á Roma, en primorosas ánforas, agua del rio sagrado para regar el templo de Isis y Anubis. Era la patricia romana dama de maravillosa hermosura y hallábase continuamente asediada de amorosos pretendientes; pero ella, embebecida en sus creencias y prácticas religiosas, vivia alejada de los galanteos y fiestas de la corrompida capital del mundo.

II

Una mañana, postrada Paulina ante el ara del dios Anubis, le contemplaba embelesada en su varonil belleza. La estatua del dios, hecha de piedra translúcida, era la obra maestra de un artista griego que habia sabido adunar en ella la suavidad, el vigor y la gracia.

Un *chlmys* verde, símbolo de la tierra feraz, cubria apenas las elegantes formas del dios egipcio, á cuyo juvenil aspecto diera el escultor una expresion que, arrancada de una piedra, parecia sobrenatural. De repente, un sacerdote, envuelto en amplia túnica verde, salpicada de amarillas espigas, se presentó, saliendo por detrás del ara del dios, y dirigiéndose á Paulina, que estaba sola en el templo, la dijo estas palabras:

«Paulina, romana; eres escogida entre las hijas de los hombres: tu adoracion va á tener su recompensa. La estrella de la mañana va á hallar su conjuncion; la palmera de Bayas va á enlazarse al cedro oriental; las ondas del Nilo y del Tiber saltarán de alegría. Te hablo por mandato de Anubis: oye, siente y obedece. Hoy, cuando el sol comience á declinar, te sumergirás tres veces en la campestre fuente de Bobile; una hora ántes del crepúsculo nocturno, harás que lleven á tu mansion tres *scyphus* (vasos) procedentes del *thermopola* (despacho de bebidas calientes) de la *Via Lata*, llenos de vino de Chipre, y los

apurará hasta las heces; y más tarde, cuando la hora décima tercera sea llegada, recatada y sola vendrá á llamar á la puerta de este templo, en donde te espera la felicidad.»

Dicho esto desapareció el sacerdote, dejando á Paulina trémula de asombro y de emoción.

¡Qué día aquél para la dama romana! ¡Qué angustia, qué impaciencia, cuán lentas trascurren las horas, con cuánto miedoso anhelo veía caer los granos de arena de la *Klepsidra*! ¿Qué iba á suceder? ¿Qué felicidad le esperaba en el templo del dios? ¿Merecía ella haber sido elegida entre las hijas de los hombres? Su vanidosa piedad la contestaba afirmativamente.

En su litera, y acompañada de sus servidores y esclavos, fué á la campesina fuente á cumplir el mandato del dios. Mientras atravesaba la ciudad, el ruido y el bullicio la molestaban. ¿Qué le importaban á ella los ecos del mundo romano, las lluvias fenomenales de Egipto, los terremotos del Asia, los motines de las legiones del Rhin, las exhibiciones de un fénix ó de alguna ballena henchida de osos, ó del enano *Lucius*, que sólo medía dos pies de estatura, ó de Artabano, gigante de siete codos de alto? Las voces de los vendedores del *Acta diurna* (periódico) que anunciaban estas maravillas, sobrecitaban sus nervios y su imaginación.

De regreso á su morada, vagaba por ella presa de vivísima agitación. Pasaba con indiferencia por delante de sus antiguos dioses penates, pero á veces se detenía á contemplar una pequeña estatua de Anubis que, rodeada de flores, tenía junto á su lecho. Sobre el pedestal de una columna del atrio hallóse una hoja de «papiros» arrollada, y no recordando lo que pudiera ser, leyóla. Decía así: «Hace tiempo que te amo y me rechazas: mi paciencia se agota y esta es mi última gestión; porque si, Paulina, hermosa y clarísima, mucho merece, Decio Mundo, que mucho vale, no está acostumbrado á sufrir desprecios...»

III

Á la hora indicada, Paulina, sola y rebozada en un largo manto, se dirigió al templo de Isis. Las calles estaban casi desiertas, oyéndose de vez en cuando el rugido de las fieras encerradas en sus jaulas del anfiteatro ó el báquico rumor de alguna orgía. Paulina apenas podía andar de miedo. Acostumbrada á salir en su silla, acompañada de sus servidores, aquella oscuridad y aquella soledad la espantaban. Además, el vino de Chipre que había bebido producía tal vez extrañas lucubraciones.

De repente, una turba de hombres que llevaban hachones encendidos torció una esquina y la dama apenas tuvo tiempo para ocultarse detrás de una columna del templo de Diana. La turba pasó cantando lúbricas canciones. Dos ó tres veces Paulina se detuvo sobresaltada, porque había creído oír ruido de pasos; pero no sintiendo ningún rumor, prosiguió su camino, en tal estado, que apenas tenía conciencia de sus actos.

Llegó, por fin, al templo, llamó suavemente á la puerta, abrió ésta, una mano asió el brazo de la dama y la condujo á oscuras y en silencio hasta el santuario del dios. El interior del templo, rodeado de columnas jónicas, formaba una rotunda. En aquella construcción griega sólo representaban al Egipto una esfinge tallada en bajo relieve en cada una de las columnas, y en medio destacábase sobre su pedestal la estatua de Anubis, elevada sobre una escalinata. Una lámpara meseniana, en figura de media luna, alumbraba el recinto con una luz blanquecina y opaca, y una melodía tenue, que recordaba el ritmo de las teorías griegas, se dejaba oír á cortos intervalos. Paulina hallóse sola delante del ara del dios, y temblando de emoción se dejó caer en una de las gradas de la escalinata. Un tanto repuesta alzó la cabeza y entonces se sumió en una de aquellas contemplaciones en ella tan frecuentes. La mirada de Anubis parecía estar clavada en ella y creía ver que de aquellos ojos de piedra salían extrañas irradiaciones.

Entonces un suave deliquio se apoderó de la noble patricia; un místico arrobamiento serpeó por todo su sér. La bóveda del templo representaba al cielo azul tachonado de estrellas, y Paulina, mal curada aún de sus creencias mitológicas, creyóse elevada á las regiones siderales. Figurábase que Anubis, el dios adorado, iba á trasportarla en su compañía á los espacios infinitos, donde los astros rutilan, donde se encadenan las constelaciones y en donde Andrómeda se anega en los amores del tierno Perseo. Envueltos en la penumbra que allí reinaba, se perdían los capiteles y los basamentos de las columnas, y Paulina creía que los fustes estaban en el aire, completando así los ensueños de su celeste visión. Las esfinges parecía que la sonreían y la cadencia misteriosa que escuchaba penetraba en lo íntimo de su corazón.

Impulsada por irresistible encanto, púsose en pie en la última gradería de la escalinata que sostenía al dios, y con el pecho jadeante y los labios trémulos,

exclamó en un sollozo: «¡Oh Anubis, cuánto te adoro!»

Entonces sucedió una cosa inaudita; la estatua del dios, rígida, inmóvil, erguida hasta aquel momento, se inclinó hácia adelante; una de sus manos, que descansaba en la cadera y la otra extendida en el aire, se posaron rápidamente sobre los hombros de Paulina, que al sentir el contacto lanzó un grito cayendo desplomada al suelo. Casi al mismo tiempo oyóse un gran ruido de pasos y de voces tumultuosas, y una turba que llevaba teas encendidas penetró en la rotunda. Eran un edil curul, otros tres ediles y un decurion con algunos soldados que traían maniatados á seis sacerdotes del templo.

—El crimen y la impostura están manifiestos—gritó el edil.—Llevo á ese hombre y á esa mujer,—repuso señalando á Paulina y al dios Anubis, que no estaba ya en su pedestal.—La justicia del César Tiberio va á cumplirse....

IV

Once días después, el primero de las Kalendas de Enero, Roma se despertó bulliciosa, porque se esperaban grandes acontecimientos.

Aún en aquella ciudad tan febril, la animación era extraordinaria. En la *septa* y en la *via sacra* las joyerías y las tiendas más lujosas apenas estuvieron abiertas una hora. Desde muy temprano una inmensa multitud se dirigía hácia el Tiber; un escuadrón de rubios germanos de la guardia del emperador galopaban atropellando á los transeúntes; campesinos de los alrededores, ciudadanos y esclavos, salvajes de la isla de Bretaña con el cuerpo cubierto de pinturas, príncipes de Oriente, seguidos de numeroso séquito, mujeres de todas clases, desde la patricia en su litera de marfil hasta la *columbaria*, que aquel día había suspendido su venta; todo el mundo se encaminaba apresuradamente en una misma dirección, dando no poco que hacer á los ediles que intentaban restablecer ó facilitar la circulación.

En el pórtico de Pompeyo, en donde solía reunirse la juventud dorada, hablábase en un corro de los acontecimientos de actualidad; pero la nereida muerta en las playas de Olisipo, el hipocentauro cazado en una montaña árabe, el triton traído á Roma al estancque imperial, la enfermedad del hermoso pantomimo Mnestér, algunos extravíos femeninos, todos estos temas cedían puesto á los sucesos del día.

—Aquí viene Zeodoro de Gadara, preceptor y favorito de lempador,—dijo un jóven patricio,—el cual está siempre bien informado.

—¿Qué hay, insigne retórico?—exclamaron todos rodeando al reciénvenido.

—*Amici*,—contestó el sabio con acento enfático,—quereis que os informe del *dia de hoy* ¿no es eso?

—¡Sí, sí!—exclamaron varias voces.

—Hace once días, prosiguió el retórico, el edil de la ciudad sorprendió una gran... superchería en el templo de Isis; se trataba de la boda de Decio Mundo, transformado en dios Anubis, con la hermosísima patricia Paulina.

—¡Ah!

—Las arras eran cinco mil dineros con que Decio animó el fervor de los sacerdotes del templo; Decio Mundo ha sido desterrado al Ponto, los servidores de Anubis, dentro de una hora serán crucificados y arrojados al Tiber, y.... ved....—El sabio se interrumpió señalando hácia la parte del Sur de Roma, en donde se veía humo y rojizo resplandor.

—¿Qué es eso?—exclamaron todos.

—Es el templo de Isis, mandado quemar por órden imperial.

—Bien, pero ¿y Paulina?—dijo el filósofo Epitecto.

—Ahí tienes la respuesta—repuso Teodoro.—¿Ves ese entierro que pasa?

—Sí.

—Es el de Paulina, muerta de vergüenza y desesperación.

—Es lógico—dijo Epitecto—la divisa de la familia de Paulina es *deus ó nihil*; ella no ha podido ser diosa, pero ya es *nada*.

F. MORENO GODINO.

SALONES

Necesito en estos momentos, en que acabo de tomar la pluma para hablaros algunas palabras de los acontecimientos ocurridos en el *beau monde*, de un oportuno consejo como aquel que por fortuna acertó á entrar en el aposento en que comenzaba á escribir el manco inmortal su prólogo de *El ingenioso hidalgo D. Quijote*.

Aquella oportuna visita bastó al gran ingenio para salir del aprieto en que se hallaba, marcándole seguro derrotero con que dar cima á su proyecto; pero, amigas mías, Cervantes fué más afortunado que yo. Un largo rato ha pasado y aún continúo perplejo sin saber por dónde empezar; mas como al fin es preciso que me decida, confiado sólo en vuestra benevolencia, veremos lo que os digo.

* *

Durante los calurosos días del pasado estío sólo la morada de los galantes Marqueses de Gaviria brindaba á los *amateurs* con sus agradables reuniones semanales. Gracias á ellos, el tedio y el sopor de la abrasadora temporada encontraban dulce lenitivo en aquellas horas, únicas del día que se nos pasaban con rapidez.

Estas íntimas *soirées*, que por fortuna continúan, vienen á llenar el gran vacío y la falta de animación que se nota al presente en los salones sevillanos.

Es una verdadera obra de caridad la que ejercen los aristocráticos Marqueses con sus numerosos amigos, que siempre deberemos estimarles, y yo, en nombre vuestro, me permito darles las más sinceras gracias, seguro de interpretar los sentimientos de todos.

En estas noches se ve que aún existen en nuestra hermosa ciudad aquellas encantadoras criaturas que en el último invierno bullían en los confortables salones de los señores de Solís y en los grandes bailes con que las Societades del Círculo de Labradores y del Casino Sevillano os obsequiaron, y las mismas que, en una palabra, atraían nuestra atención en la gran sala del teatro de San Fernando.

Sin estas semanales reuniones, creeríamos que Sevilla estaba despoblada de las mil hermosas mujeres que en todos tiempos han dado á esta capital la merecida fama de ser cuna de los más bellos ejemplares del sexo femenino.

* *

Atravesamos un período excepcional, así lo creo; pero será necesario que el aburrimiento presente, hijo de la falta de estímulos que en todas partes se advierte, concluya de una vez. Es necesario levantar una cruzada, y que el mismo aspecto que ofreció Sevilla en los meses del pasado invierno se repita en éstos en que vamos ahora á entrar.

Bien sé que el mes actual poco ó nada se presta á diversiones; por eso me limito solamente á tirar la primera piedrecita. Una vez que termine, y á los últimos días de otoño sucedan los primeros de Diciembre, necesario será que todos dirijamos nuestros esfuerzos á dar vida á nuestra sociedad.

¡Cuántas quejas he oído á este propósito!

¡Cuántos proyectos que han venido á tierra por falta de animación, ó, mejor dicho, por carencia de reuniones!

Durante las expediciones al extranjero, en las mismas playas de Biarritz, se formaron propósitos y se comenzaron á levantar edificios que sólo esperaban, para quedar firmemente cimentados, ocasiones de poder comunicar.

Y pasan días y días y éstas no llegan.

Hay quien trata hasta de mesarse las barbas (si las tuviera).

En fin, no faltará, de continuar así las cosas, quien trate de repetir el tipo de Werther.

—¡Qué lástima de tiempo!—dirá alguna lectora que yo conozco;—pero confidencialmente debo advertir á esta buena amiga mía, que el desgraciado doncel sufre las penas del Purgatorio.

* *

Este infeliz lucha por llegar á la nota *si* del pentágrama, como D. Serafin García Bemol,—el primer violín del circo de Paul,—personaje que recordaráis; y la carencia de ocasiones en que poder acercarse á la desdeñosa niña, lo tiene en un estado que inspira lástima.

¿No creéis que merece compasión?

* *

Hay grandes proyectos en lontananza.

Trátase nada ménos que de un espléndido baile.

Hasta se señala ya el día.

Dicen que el 8 de Diciembre....

Buena falta nos hace. ¿Verdad, lectoras mías?

Tal vez, si la temporada se inaugura de este modo, haya quien se apiade de todos y de una vez se nos abran los salones de cierta opulenta casa, frecuentada por nuestra *high-life*.

Creo que esta agradable noticia puede tomarse sin reserva, pues no sería el primero que en el local á que me refiero ha tenido lugar.

No siendo esto broma, bien mereceré que me deis gracias por la noticia, que á muchas de vosotras satisfará muy de véras.

* *

Háblase nuevamente de compañías lírico-dramáticas que están en ajuste para el aristocrático teatro de San Fernando.

Creo, apesar de los grandes deseos de todos de que tal hecho se realice, que nos quedaremos con las ganas.

—¿Por qué?—me preguntaráis.

—Pues no sé deciros la razón; pero se ha hablado ya de esto tantas veces, que es necesario poner la noticia en cuarentena.

Veo, al llegar aquí, que insensiblemente he emborrinado algunas cuartillas.

He cumplido por hoy mi misión.

Ojalá que para la próxima revista pueda daros más interesantes pormenores vuestro amigo

HERNAN.

SUMARIO

TEXTO.—En Noviembre, por D. José M. Lopez y Lopez.—Estudios literarios sobre Góngora y el culteranismo (continuación), por D. Eloy García Valero.—Historia triste, poesía, por D. Benito Mas y Prat.—El Positivismo y la teoría del conocimiento (continuación), por D. Mario Mendez.—Ó diosa ó nada, por D. F. Moreno Godino.—Salones, por Hernan.

ILUSTRACIONES.—Costumbres del Riff, fototipia, copia de una tabla original de D. Tomás Povedano.

SEVILLA.—Imp. y lit. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.